

*José Zubel*

CARLOS CUERVO MARQUEZ

# El Adoratorio de Tlalpam

MEMORIA PRESENTADA A LA  
SOCIEDAD CIENTIFICA ANTONIO  
ALZATE EN LA SESION DEL  
DOS DE ENERO DE 1928



**DT  
732**

EDITORIAL "CVLTVRA"  
MEXICO, 1928



Estante 4, n.º 44

18

Biblioteca Pública de Soria



73441809 DT 732 Dep. Tudela

DT  
732

Para Don

Jose Udele de la Cordera

admirante

---

1875 (ver 1875)

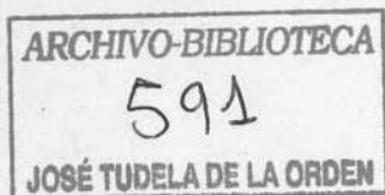
---

195-5-

CARLOS CUERVO MARQUEZ

# El Adoratorio de Tlalpam

MEMORIA PRESENTADA A LA  
SOCIEDAD CIENTIFICA ANTO-  
NIO ALZATE EN LA SESION DEL  
DOS DE ENERO DE 1928



EDITORIAL "CVLTVRA"  
MEXICO, 1928



A 17 kilómetros al sur de la ciudad de México y a poca distancia de la villa de Tlalpam se encuentra un monumento prehistórico que, a pesar de su factura primitiva es de gran importancia científica, tanto por esta misma circunstancia, como por las condiciones geológicas en que se encuentra. Consiste en una eminencia tallada en forma de cono truncado, de 24 metros de altura y cuya base circular mide unos 70 metros de diámetro (fig. 1). Un pasillo o corredor de anchura desigual asciende en espiral dando cinco circunvoluciones hasta la plataforma superior (fig. 2) en donde pueden verse los restos de cimientos de una pequeña construcción, que debía servir de templo o de observatorio, o de ambas cosas a la vez. Las paredes de los taludes están revestidos con trozos no pulimentados de esquistos

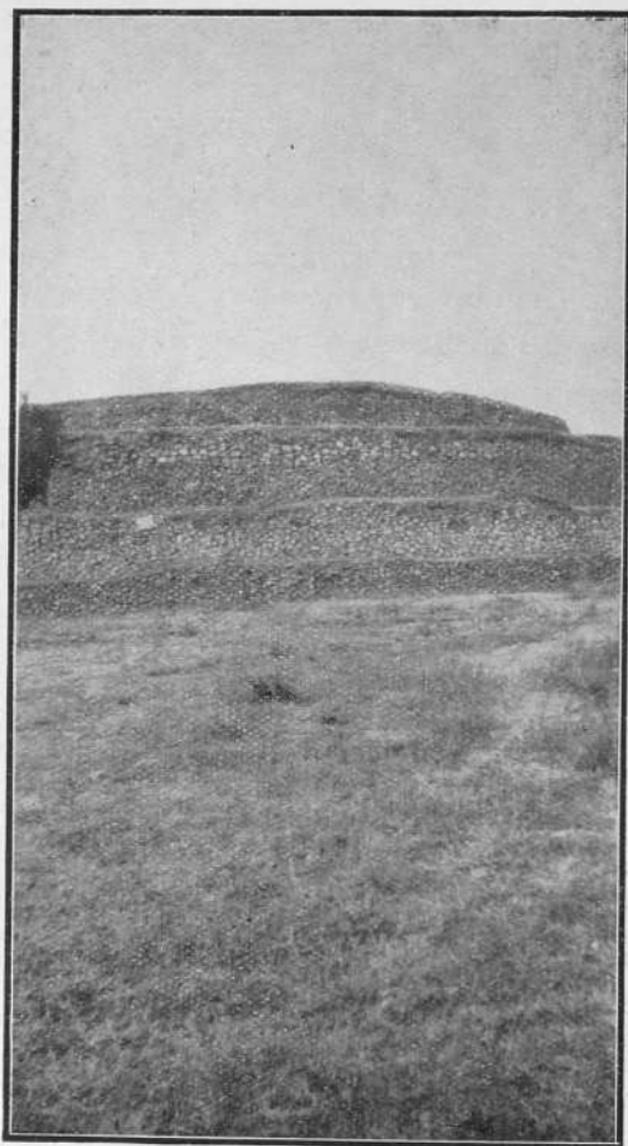


Fig. I.

pizarrosos (fig. 3), y tanto al oriente como al occidente quedan vestigios de una gradería de unos 10 metros de ancho (fig. 4) cuyos muros laterales están igualmente revestidos con piedra rodada y con los mismos esquistos. En el lado occidental, cerca de donde principia la gradería, la pared del talud se avanza en curva de radio más estrecho, formando una plataforma exterior cuyo objeto no es fácil determinar, pues bien hubiera podido servir de baluarte o de punto avanzado de defensa (fig. 5).

Espléndido es el panorama que se divisa desde la cima del adoratorio. Desde allí se domina gran parte del valle de México con sus alfalfaes y cultivos cortados en cuadros de verdes claros o azulosos, con sus caseríos y arbolados, de entre los cuales se destaca la graciosa torre o la elegante cúpula de mosaicos de alguna iglesia o capilla colonial perteneciente a piadosa fundación; más lejos se alcanza a ver la mancha, a veces cristalina, a veces plomiza, según la luz, del lago de Texcoco, y en contorno las colinas y montañas que lo circundan, cuyos perfiles de formas capri-

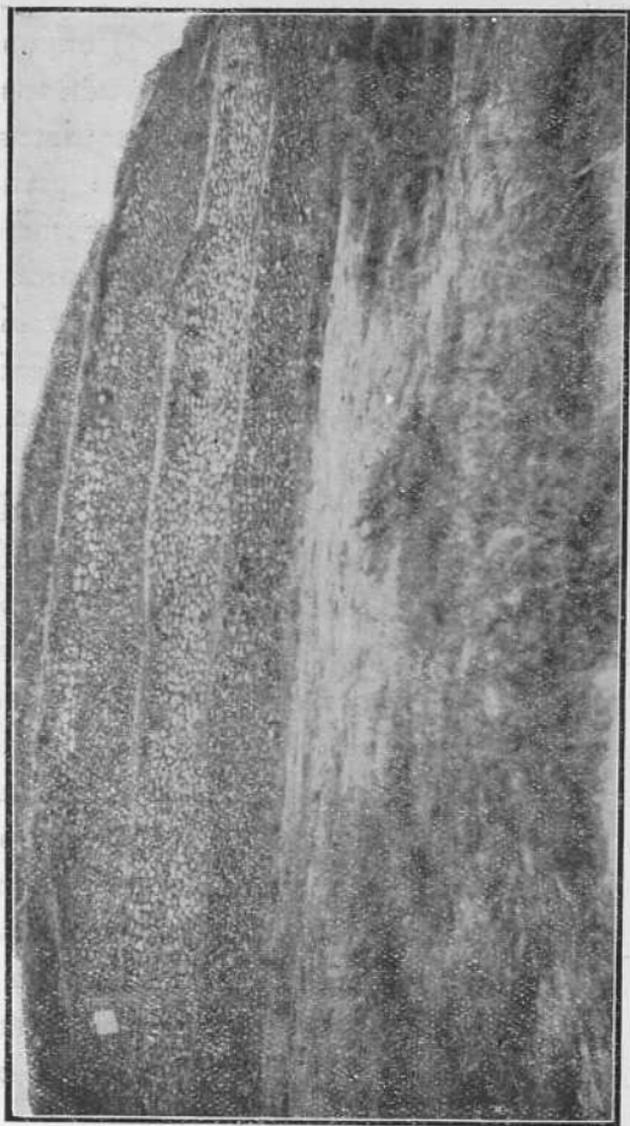


Fig. II.

chosas, unas veces cónicas, otras como pirámides truncadas, se destacan sobre un cielo azul, purísimo y brillante.

Al Oriente, el Ixtlaxíhuatl se eleva hasta cerca de 5,400 metros sobre el nivel del mar. Su argentina cima cubierta por las nieves eternas ofrece a la imaginación la figura de una mujer tendida de espaldas, con la cabeza hechada hacia atrás y el pelo suelto como agitado por el viento helado de las alturas. El cuerpo, con los senos turgentes aparece envuelto en blanco sudario cuyos elegantes pliegues caen en graciosas ondulaciones hasta más abajo de los pies. De aquí, el nombre de la montaña, que en azteca es "La Mujer Blanca."

Un poco más al Sur, el Popocatepetl. "El monte que humea," levanta a más de 5,400 metros su mole imponente, de forma cónica y de aspecto amenazador, hoy despojado de nieve, pero cubierto con las cenizas que arroja de la hornaza de su seno.

Lo mismo que las célebres pirámides de Teneyuca, de Teotihuacán y demás monumentos similares, este de Tlalpan debía servir al



Fig. III.

mismo tiempo de observatorio y de templo para la práctica de ritos especiales. Su nombre indígena, XICUILCO, cuya raíz se relaciona con música o canto, parece referirse a la práctica universal de entonar himnos o cantos en honor de la divinidad en determinadas festividades religiosas.

Pero lo que da principalmente una importancia extraordinaria a esta construcción son las condiciones geológicas que la rodean. Efectivamente, la parte inferior de la colina, hasta una altura no menor de 10 metros, como puede verse en la figura V, se encuentra hoy debajo del nivel actual del terreno. Así lo demuestran los trabajos de excavación que por disposición de la Dirección de Arqueología se hicieron hace algún tiempo para poner al descubierto parte considerable del importante vestigio arqueológico.

Toda la falda de la cordillera, que en esta parte limita el valle de México, desde San Angel hasta más allá de Tlalpan, está cubierta por una capa de lava, que en algunas partes tiene más de doce metros de espesor. La corriente lávica al llegar a la colina del adora-

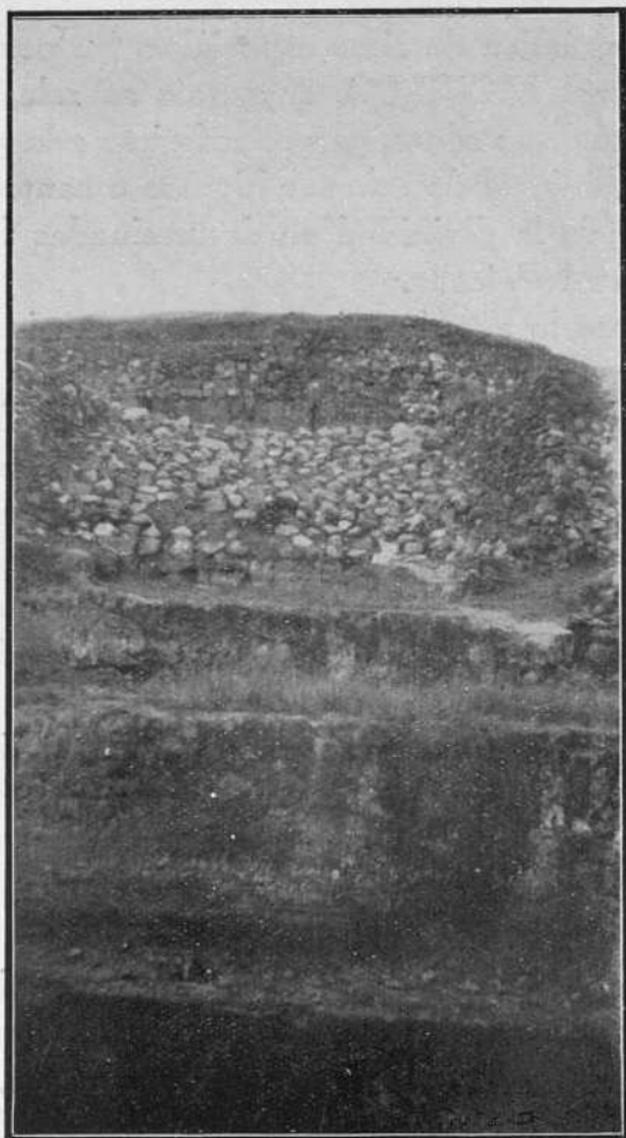
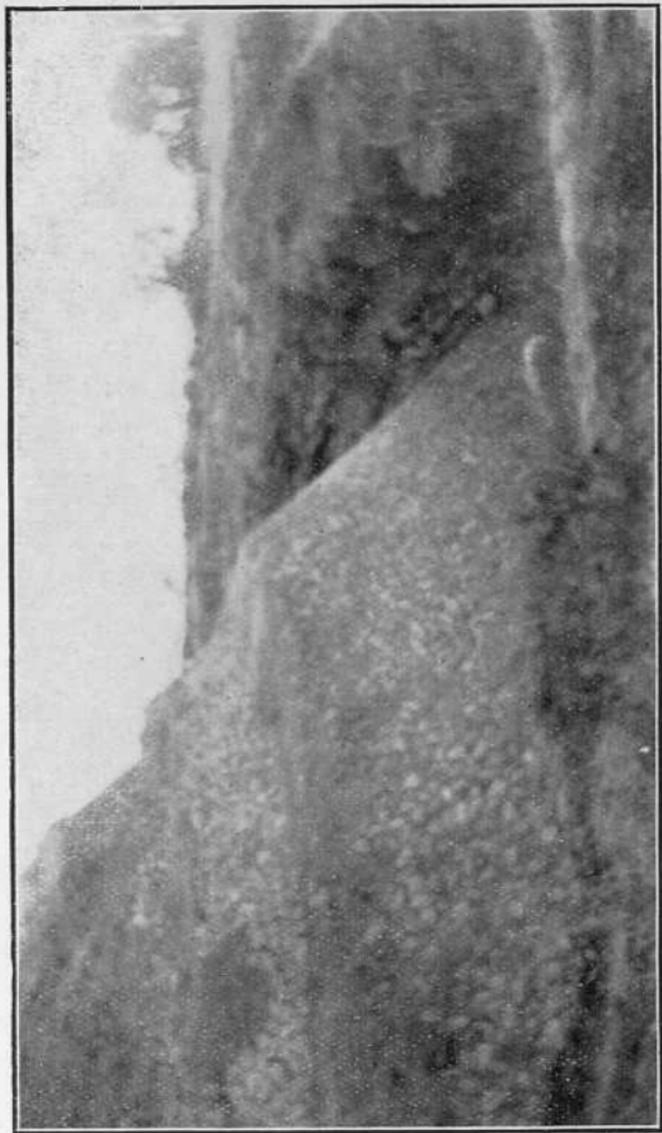


Fig. IV.

torio de que nos ocupamos, presenta un aspecto corrugado, como sucede con toda masa pastosa o semi-fluida que encuentra un obstáculo en su marcha. Cerca de allí, la lava al encontrar probablemente corrientes o depósitos de agua de los que en abundancia brotan de las faldas del Ajusco, formó cavernas más o menos extensas, como son las conocidas con los nombres de "Cueva del Gallinazo," "Cueva de las Golondrinas" y otras de menor importancia. Grandes bloques de lava, que llegan casi hasta las calles de Coyoacán, aislados en unas partes, agrupados en otras, como escombros de ruinas gigantescas, dan a esta región un aspecto sombrío, casi salvaje.

Debajo de la capa de lava, según puede verse en el corte de la excavación practicada para dejar al descubierto los flancos de la construcción, hay una capa de cenizas volcánicas, de espesor variable, que al tomarlas en la mano dejan un apreciable olor de azufre, y todavía debajo de ésta, con una profundidad aproximada de dos metros hasta el nivel en donde principia el revestimiento del talud, que sin duda fué el nivel primitivo del suelo, hay



**Fig. V.**

A la derecha se ven las capas de lava, en la excavación practicada para descubrir la base de la colina.

otra acapa de arcilla y de piedra de acarreo.

La disposición en que se encuentran estas capas de materiales tan distintos parece demostrar que fueron varias y de naturaleza diferente las erupciones volcánicas que tuvieron lugar en esa remota época y que cubrieron el suelo primitivo de la región. Primero, debió ser quizás, una de agua y de lodo, por el estilo de la del volcán de Agua que convirtió en ruinas la antigua ciudad de Guatemala. Las arenas y las piedras que arrastró la corriente formaron esta capa, que es la más profunda. En seguida tuvo lugar una lluvia de cenizas, como se observa en el corte del Adoratorio de Tlalpan, y posteriormente la gran erupción de lava que cubre no solamente las estribaciones de esa parte de la cordillera, sino que por el flanco occidental se extendió hasta la misma orilla del mar, como puede verse en las vecindades de Acapulco.

Si en Tlalpan la capa de lava sólo tiene unos tres metros de espesor, en el Pedregal de San Angel, que está muy cerca de allí, la formación lávica es mucho más poderosa, pues hay cuatro capas perfectamente

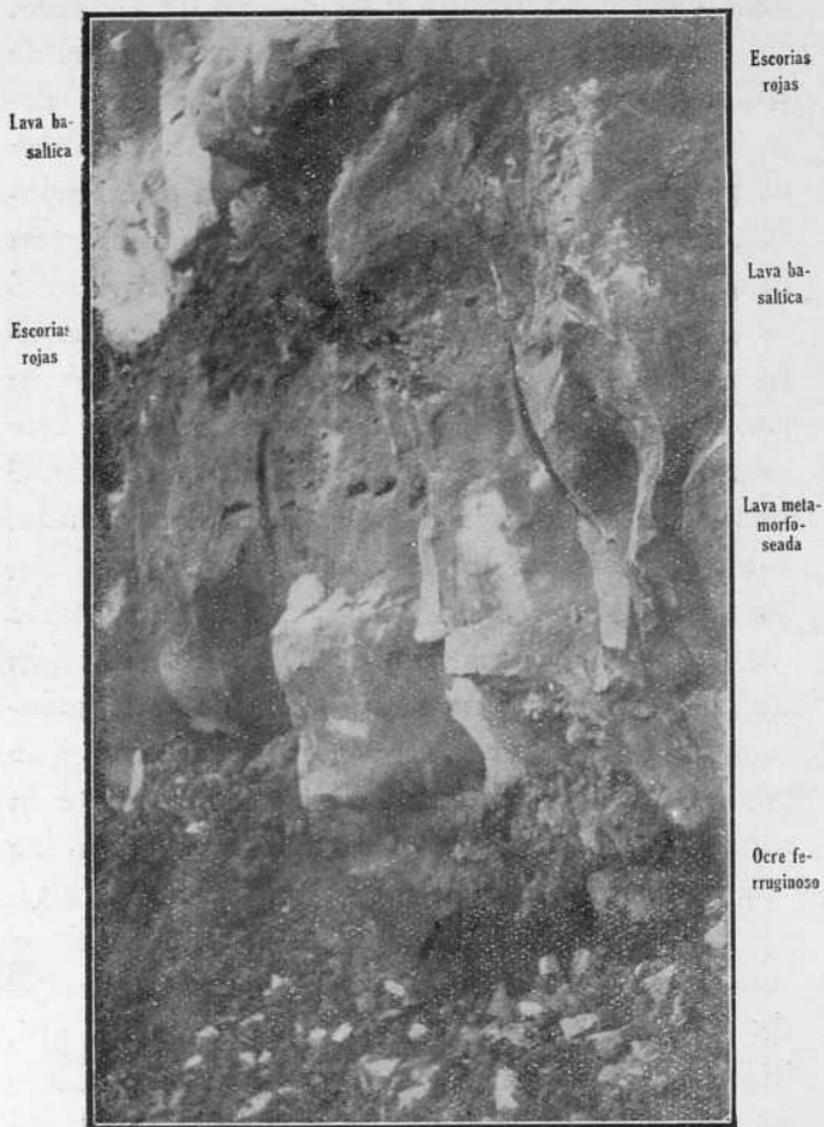


Fig. VI.

Las capas lávicas del Pedregal de San Angel.

distintas: primero, de abajo para arriba, una de ocre ferruginoso, de color rojo y espesor variable, que en partes desaparece; en seguida una de lava compacta, metamorfoseada, de color blanquecino, con espesor de unos dos metros y medio sobre la cual descansa otra de aspecto basáltico, de color oscuro azulado, con más de dos metros de espesor e igual a la que se ve en la superficie de toda esta región; encima de ésta hay otra de escorias volcánicas de color rojizo y, por último, la capa superior, de color oscuro y aspecto basáltico, cuyo espesor varía entre dos y tres metros. Esta gran formación lávica del Pedregal de San Angel, que constituye las canteras de Copilco, se aprovecha para material en la construcción de calzadas y carreteras, para hacer muros divisorios y para construcción de viviendas. Con ellos se han construído gran parte de los antiguos palacios de la ciudad. (Fig. 6.)

Como puede suponerse, formidables y sucesivas fueron las erupciones del extinto volcán, cuyo asiento parece haber estado en el cerro conocido con el nombre de "XITLE,"

situado a más de la mitad de la falda del Ajusco, encima de Tlalpan.

¿Cuántos años hace que tuvo lugar tan terrible catástrofe? ¿Hace acaso 20, 40 o 60 siglos? Hay quienes como el profesor Me-  
na, y nosotros somos de la misma opinión, la hacen remontar a más de 10,000 años, mientras que otros, basándose en el hecho de que la superficie de la lava conserva aún las asperezas y rugosidades, sin que la acción de los agentes atmosféricos las hayan gastado, no la hacen pasar de veinte siglos.

De esta opinión es el profesor Ernesto Wittch, quien relaciona esta gran erupción del Ajusco con las conmociones sísmicas que tuvieron lugar en la época de Cristo, y aduce como argumento el que la vegetación, cuyos problemáticos restos ha creído observar debajo de la capa de lava, es la misma que hoy se encuentra en la región. Dado caso que así fuere, debe tenerse en cuenta que un período de 8 a 10,000 años no es suficiente para hacer cambiar la fauna o la flora de una comarca. Por otra parte, existen grandes depósitos lávicos, como en Estados Uni-

dos, que conservan sus aristas y anfractuosi-  
dades como si acabaran de consolidarse y que  
son provenientes de erupciones que se consi-  
deran como ocurridas a principios del período  
cuaternario o fines del terciario, y que, por  
consiguiente, tienen mucho más del máximo  
de las cifras arriba indicadas.

El cálculo hecho por el profesor Mena se  
basa en la precesión de los equinoxios. El dis-  
tinguido arqueólogo parte del principio de que  
los constructores de esta clase de monumen-  
tos orientaban el eje meridiano hacia la es-  
trella polar, la cual, en su movimiento secular  
al través de los espacios va desalojándose len-  
tamente. De suerte que al medir el arco com-  
prendido entre la primitiva orientación del eje  
y la actual situación de la estrella, siendo co-  
nocida como es la rapidez de ese movimiento,  
se obtiene astronómicamente el tiempo tras-  
currido desde la construcción del Adoratorio  
hasta el momento presente.

Reducido a cifras, este cálculo da unos  
11,200 años antes de la era cristiana, lo cual  
viene a confirmar ampliamente lo que sobre  
la antigüedad de este monumento, y por con-  
siguiente sobre la de la presencia del hombre

en el valle de México, se deduce de las observaciones geológicas sobre las erupciones del Ajusco, y de lo que dice la paleontología respecto de los animales fósiles compañeros del hombre en el Pedregal de San Angel.

No es, pues, aventurado afirmar que el Adoratorio de Tlalpam es, quizás, la más antigua construcción humana de que hoy se tiene conocimiento.

Bajo la lava de San Angel se han encontrado huesos fósiles de Jabalí (*Platygomus compressus*), y otros que se han considerado como pertenecientes al caballo cuaternario, lo cual da a esos yacimientos una grande antigüedad, muy superior a la señalada por el profesor Wittich. Al confirmarse el hecho de que pertenece al caballo el hueso encontrado bajo la lava en el Pedregal de San Angel, sería curiosa la coincidencia de que fué también debajo de la lava que se encontró un diente de caballo cuaternario en Francia, lo mismo que fué debajo de gruesa capa de cenizas volcánicas, en los terrenos pleistocénicos de la sabana de Bogotá, que se encontraron el crá-

neo, las vértebras y las costillas de otro caballo, reconocido también como cuaternario.

Quizás a las formidables conmociones geológicas producidas por las erupciones del Ajusco, que destruyeron poblaciones y arrasaron campos, se refiera la tradición recogida por el célebre historiador Iztlilxochitl, sobre la destrucción de los QUINAMETZIN, representantes de la tercera edad del mundo, según la cronología azteca. En ese caso, los esqueletos encontrados bajo la lava en el Pedregal de San Angel pertenecerían a individuos de esa raza legendaria. Digno de notarse es el que de los cuatro esqueletos allí conservados, dos, que son los únicos que se encuentran en una posición definida, están tendidos boca abajo, como si al huir de la catástrofe hubieran sido sorprendidos por la muerte.

Desde varios años antes de haberse encontrado debajo de la lava los restos humanos del Pedregal de San Angel, el profesor Alfonso L. Herrera decía en su estudio sobre "El Hombre Prehistórico de México" lo siguiente: "El descubrimiento de huesos fósiles de platygo-

mus compressus (javalí), asociado a restos de cerámica hacen creer en la existencia del hombre cuaternario antes de la erupción del Ajusco." (Memorias de la Sociedad Científica Antonio Alzate, Tomo VII, Pág. 56. Año 1893.)

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que cuando tuvo lugar la gran erupción de un volcán, ya extinguido desde remotas edades, cuyos efectos modificaron profundamente el relieve del suelo de esta región y cuyas cenizas y lavas levantaron en más de doce metros el nivel del terreno, ya existía allí una población de cultura primitiva, pero capaz de ejecutar obras como la del adoratorio o fortaleza de que nos ocupamos y como la revelan los objetos y fragmentos de cerámica que se han encontrado debajo de la lava en el curso de las excavaciones hechas. Entre éstos llama la atención la gran cantidad de discos o carretes de barro cocido, los cuales, sin duda servirían como objetos de adorno para introducirlos en el lóbulo de las orejas, y no está por demás observar que son muy semejantes en su forma a las que, de esa y de otras materias, usan los insulares de la Polinesia.

No lejos de este adoratorio, más hacia la falda de la montaña, existen otros dos montículos que tienen la misma estructura, pero que son poco perceptibles por el deterioro en que se encuentran: son pequeñas eminencias en forma de cono truncado, en las cuales se observan los vestigios de las plataformas o pasillos que ascienden en espiral, y del revestimiento de los taludes con pequeñas lajas de piedra bruta. Esto revela que la región devastada por las grandes erupciones volcánicas de una época prehistórica, estaba densamente poblada.

La forma espiral del Adoratorio de Tlalpam no es exclusiva de esta construcción: ella se encuentra en antiquísimos monumentos tanto de América como de Europa; en el montículo de Adams, en Ohio; en el del Condado de Argyle, en Escocia, y en el de Wilts, en Inglaterra.

La arruinada construcción de Mesopotamia, conocida con el nombre de Torre de Babel, con la cual algún viajero encontró recientemente gran semejanza con la colina de Tlal-

pam, es también en espiral; pero se diferencia sustancialmente en que aquella es una verdadera torre construida con ladrillo, mientras que ésta, lo mismo que los montículos arriba expresados, son verdaderas colinas cuyos flancos han sido tallados en forma cónica y sobre los cuales se desarrolla en espiral la rampa que servía para ascender hasta la cima.

El pueblo que construyó el adoratorio de Tlalpam fue muy anterior, no solamente a los Aztecas, sino también a los Toltecas, quienes fueron grandes constructores, maestros en escultura y en la talla de la piedra, cuyas construcciones religiosas tenían invariablemente la forma piramidal y cuyos mitos estaban íntimamente relacionados con la imagen de la serpiente y con emblemas funerarios, como puede verse en los restos del magestuoso teocali de México, en la bella pirámide de Tenayuca y en las ruinas grandiosas de San Juan Teotihuacán y de Xochicalco, mientras que los constructores del templo de Tlalpam, según todas las apariencias, desconocían tales artes, y su cultura a este respecto era completamente primitiva.

Entre unos y otros salta a la vista la diferencia en el sistema de construcción y en los materiales empleados. En el revestimiento de las obras de Tlalpam se han empleado solamente los fragmentos de esquistos, roca que, por cierto, no se encuentra hoy a la vista, pues ha debido quedar sepultada bajo la gruesa capa de lava que cubre la superficie de toda la región; en tanto que en las construcciones de Aztecas y de Toltecas se ha empleado especialmente la lava en el revestimiento de los muros y de los taludes, como puede verse sobre todo en los hermosamente trabajados de la Ciudadela y de la gran Pirámide del Sol, lo cual demuestra que su construcción fué muy posterior a las grandes erupciones volcánicas, que destruyeron las poblaciones prehistóricas de Tlalpam y de San Angel.

Pero con la distancia que separa lo grande de lo pequeño, lo perfecto de lo imperfecto, se puede considerar que en las líneas generales, es una misma la concepción del adoratorio en unos y en otros: en ambos se levantan sobre una altura con plataformas superpuestas, con los taludes revestidos de piedra y con grade-

rías colocadas al Oriente o al Occidente; lo que hace pensar que los constructores de los adoratorios o fortalezas en forma de cono truncado que se encuentran en las faldas del cerro "Xitle," a espaldas de Tlalpam, fueron los remotos precursores de los arquitectos y artífices que en épocas posteriores levantaron los grandiosos monumentos aztecas y toltecas, cuyos perfectos lineamientos y brillante decoración son motivo de admiración y de sorpresa para el sabio y para el viajero que los contemplan.

Como ya se ha dicho lo que da al adoratorio-fortaleza de Tlalpam indiscutible importancia es su grande antigüedad. Mucho antes que ocurrieran los fenómenos geológicos que asolaron la región, y de los cuales los aztecas no conservaban ninguna tradición, a no ser que a ellos se refiera la recogida por Ixtlilxóchitl, los sacerdotes y astrólogos debieron de observar desde la cima, no uno sino varios ciclos solares en la conjunción del astro del día con Venus, la hermosa y melancólica estrella de la mañana. Ese monumento debió ser el centro de la vida de ese antiquísimo

pueblo; allí debieron tener lugar las asambleas populares para decidir de la paz o de la guerra; allí debieron celebrarse las ceremonias religiosas y hacerse a la divinidad las ofrendas, probablemente de víctimas humanas, ya para aplacar sus iras, o en acción de gracias por los beneficios recibidos.

¿Cuántas veces a su rededor se congregaría la multitud, mientras sacerdotes y guerreros ascendían a la cima en solemne procesión?

Quizás durante alguna de esas festividades fué sorprendida la muchedumbre por la terrible conmoción geológica que sepultó sus poblados bajo poderosa capa de lava y de detritus volcánicas, de entre los cuales se destacaba la parte superior del monumento como islote sombrío rodeado por un mar de lava incandescente.

Pasan los siglos, lentamente va enfriándose la lava; sobre la rugosa superficie comienzan a acumularse partículas, al principio imperceptibles de tierra apropiada, sobre la cual aparecen primero líquenes y musgos. En el transcurso de centenas de siglos, debido a la acción de los agentes atmosféricos, se for-

ma la tierra vegetal sobre la cual crece la vegetación desmedrada y raquítica que, en parte cubre el suelo en la actualidad, dejando ver a trechos la superficie áspera, rugosa y hostil de la lava ya solidificada.

\*\*\*

Ya en prensa lo que antecede, mi buen amigo el Licenciado Don Fernando González Roa, distinguido jurisconsulto e internacionalista de nota, quien a mi llegada a México me habló del Adoratorio de Tlalpam, me ha hecho conocer el N<sup>o</sup> de "Los Angeles Times", de 25 de Abril último, en el cual se encuentra una comunicación de la ciudad de Pasadena referente a este monumento arqueológico, que traducida a nuestro idioma dice lo siguiente:

"Pasadena, Abril 24.—El monumento humano más antiguo del mundo, ha sido descubierto cerca de Tlalpam, a unas 30 millas de la ciudad de México, y hoy fué revelado aquí por el doctor Alejandro Goetz, de la Universidad de Goetinga, en Alemania, quien está en el Instituto de Tecnología de California, como miembro de la Asociación de Educación Internacional".

"El Doctor Goetz ha regresado recién

temente de la ciudad de México a donde fué llamado por el Gobierno Mexicano para fundar un Instituto científico adscrito a la Universidad Nacional de esa ciudad. El Doctor Goetz se dedica principalmente a la Arqueología y durante su viaje obtuvo permiso del Gobierno para investigar y tomar las primeras fotografías de descubrimientos arqueológicos llamados a revolucionar todas las teorías sobre el origen de la civilización."

"El monumento de Tlalpam es, sin duda la más antigua construcción humana hasta hoy descubierta", dijo el Doctor Goetz".

"Los geólogos pueden decir al medir la corrosión de la lava, que el montículo de piedras cortadas a mano, tiene indudablemente 9,000 años de edad, esto es más de 3,000 más viejo que los más antiguos vestigios de civilización encontrados en Egipto."

"Temiendo que los españoles destruyeran el monumento, los indios con trabajo lo taparon con tierra, sobre la cual sembraron yerbas y arbustos. Cuando los españoles vieron por primera vez esta es-

estructura, la tomaron por una simple colina, como se creía hasta hace poco tiempo. "Este descubrimiento revela que fué México y no Egipto la cuna de la civilización."

Hasta aquí lo publicado respecto del Adoratorio de Tlalpam por el periódico de Los Angeles, y sobre ello creemos oportuno hacer algunas observaciones.

Cuando el Doctor Goetz estuvo en México, a principios del año, ya muchos investigadores, tanto de la Secretaría de Educación Pública, como particulares, habían tomado fotografías y hecho serios estudios sobre el Adoratorio de Tlalpam. En los primeros días de Enero ya había tenido yo el honor de presentar una Memoria sobre este tema a la Sociedad "Antonio Alzate," de la cual los periódicos dieron cuenta pormenorizada.

Generalizando una teoría referente a la destrucción de otra clase de monumentos indígenas, dice el doctor Goetz que para evitar que los españoles destruyeran el de Tlalpam, los indios lo cubrieron con tierra, lo cual permite sospechar que el arqueólogo alemán no lo visitó y procedió sólo de oídas, según parece, pues de otro modo, al primer golpe

de vista hubiera caído en la cuenta de que fué la lava de un volcán extinguido desde muchos siglos antes de que llegaran los españoles, y no los indios, la que cubrió en más de dos terceras partes los flancos de la colina, como se ve claramente en el corte de la excavación practicada por la Sección de Arqueología de la Secretaría de Educación Pública, hace ya algunos años.







